

LIBRO DE MATEO

Lección 69, Capítulo 21

Los primeros 20 capítulos de Mateo han preparado el escenario para lo que encontraremos a partir del capítulo 21. Esos capítulos casi podrían separarse y llevar, a modo de resumen, el título «Cómo llegamos hasta aquí desde allá». Hasta ahora hemos aprendido mucho acerca de los comienzos de Yeshua como recién nacido, Su etapa de creciente conciencia de Sí mismo, los innumerables milagros de sanidad compasiva que realizó, Su sabiduría sin igual y Su enseñanza sobre la Torah y los Profetas, cuyo propósito era reformar el judaísmo de Su época, basado en la Tradición y la Sinagoga. Esto explica la creciente tensión entre Él y las autoridades religiosas judías, que pretendían mantener el orden religioso establecido. Finalmente, Él revela a Su círculo íntimo de 12 hombres de Galilea el propósito divino que Su Padre celestial lo envió a cumplir: Su muerte y, tres días después, Su resurrección de entre los muertos.

El capítulo 21 cambia de inmediato la escena del camino cercano a Jericó (donde transcurría el capítulo 20) a la entrada de Yeshua en la ciudad de Jerusalén para las fiestas bíblicas de Pascua, los Panes sin Levadura y las Primicias. Allí afrontará Su destino y cambiará para siempre el curso de la historia humana. Al hacerlo, corregirá un mal que ocurrió en el Jardín del Edén. Leamos juntos este capítulo. Abran sus Biblias en Mateo, capítulo 21.

LEER MATEO, CAPÍTULO 21 COMPLETO

Los estudiosos de la Biblia consideran que las palabras iniciales del capítulo 21 marcan el comienzo del relato de la Pasión. Ciertamente, el recorrido de Jesús por el camino de Jericó, pasando por el Monte de los Olivos y entrando por la puerta oriental de Jerusalén, es el camino que lo conduce a la cruz.

Como hemos hecho a lo largo de nuestro estudio de Mateo, por un par de razones es importante examinar los otros relatos de los Evangelios (llamados los Sinópticos) que hablan de la misma serie de acontecimientos. La opinión académica generalizada en el siglo XXI es

que Lucas y Mateo utilizaron el Evangelio de Marcos como fuente para gran parte de su material. Considero que esa afirmación carece de fundamento. Como he señalado en ocasiones anteriores, no solo no hay pruebas históricas que respalden la afirmación de que Marcos fue el primero, sino que los primeros Padres de la Iglesia afirman claramente que el Evangelio de Mateo fue el primero en escribirse y que Marcos vino después. En ningún documento antiguo de la Iglesia se afirma que el Evangelio de Marcos fuera el primero; esa afirmación es bastante reciente. ¿Por qué, entonces, se acepta tan ampliamente en el ámbito académico la idea de que el Evangelio de Marcos es superior y fue la fuente principal de Lucas y Mateo? Dejando a un lado sus críticas textuales y literarias cargadas de opiniones, en definitiva se debe a que el Evangelio de Marcos está claramente orientado a los gentiles y también contiene, de forma evidente, algunas adiciones cristianas posteriores (algo que muchos de esos mismos estudiosos bíblicos reconocen sin reservas). Es decir, el Evangelio de Marcos siempre estuvo concebido para ser accesible a los gentiles y frecuentemente señala las faltas de los 12 discípulos judíos; por eso, con el tiempo se convirtió en el Evangelio preferido de la institución eclesiástica gentil. En cambio, el Evangelio de Mateo siempre estuvo dirigido a un público judío y presentaba un relato más equilibrado respecto de los discípulos. Esto hizo que el Evangelio de Mateo fuera una especie de pariente relegado para el cristianismo romano, que se quejaba habitualmente de los libros del Nuevo Testamento que parecían «demasiado judíos». Como resultado, libros con una orientación judía más evidente, como Jacobo y Hebreos, fueron excluidos de las Biblias y reincorporados en largos ciclos a lo largo de los siglos.

Esto NO pretende restar valor alguno a los Evangelios de Marcos o Lucas, sino establecer una distinción entre ellos. Comprender esa distinción nos ayuda a reconocer en qué contexto, con qué propósito y para qué tipo de lectores se creó originalmente cada Evangelio. No hay nada malo en que Marcos escribiera un relato evangélico de la vida de Cristo para un público gentil interesado, y eso tampoco convierte en inexacto lo que dice. Lo que sucede es que, cuando comprendemos la realidad de las diferencias entre los Evangelios (y las vemos como algo positivo en conjunto y no negativo), podemos entender mejor por qué cada autor destacó

determinados acontecimientos y cómo los presentó. Por lo tanto, leeremos algunas partes del relato de Marcos sobre este mismo acontecimiento de la entrada de Cristo en Jerusalén y lo que sucedió inmediatamente después, para mantener un enfoque equilibrado. Pero lo haremos en pequeñas secciones, ya que hay demasiada información para asimilarla de una sola vez.

Abordaremos Mateo 21 por secciones, porque este capítulo puede dividirse en varios acontecimientos claramente diferenciados, lo que facilita su estudio. Los primeros 11 versículos narran la entrada de Yeshua en Jerusalén, conocida en la cristiandad como la Entrada Triunfal. Los versículos 12 al 17 relatan cómo irrumpió en el Templo para expresar Su profundo descontento por el comercio inapropiado que allí se realizaba. Después, Jesús maldice la higuera; esto se relata en los versículos 18 al 22. Luego se produce un tenso encuentro entre Yeshua y las autoridades del Templo y de la Sinagoga respecto del origen de Su autoridad para enseñar y hacer lo que hace como maestro de un grupo de discípulos, en los versículos 23 al 27. A esto le sigue, en los versículos 28 al 32, una parábola sobre un hombre con dos hijos que no eran de fiar; y después, desde el versículo 33 hasta el final del capítulo, otra parábola diferente acerca de los arrendatarios malvados de un terrateniente. La enseñanza moral de esta última estaba claramente dirigida a los principales sacerdotes y a los ancianos y escribas de la Sinagoga, quienes no apreciaron semejante ataque.

Debido a que el significado de cada uno de estos acontecimientos registrados está tan profundamente arraigado en la cultura judía del siglo I, se necesita una explicación considerable para comprenderlo. Así que comencemos. Abran sus Biblias en Marcos 11.

LEER MARCOS, CAPÍTULO 11:1-10

Mateo 21:1 nos dice que, cuando Jesús y Sus discípulos, acompañados sin duda por una multitud creciente que lo seguía, se acercaban a Jerusalén (algunos habían seguido a Jesús desde Galilea), llegaron primero al poblado de Betfagé. Su nombre hebreo era **Beit-Pagei**. El nombre significa «casa de los higos». Este suburbio de Jerusalén estaba

situado en la ladera del Monte de los Olivos. Entonces, ¿por qué entrarían Jesús y Su numeroso séquito a Jerusalén desde el Monte de los Olivos? Porque el camino procedente de Jericó pasaba por allí y, por tanto, entraba a Jerusalén por la puerta oriental. Más adelante, en el Evangelio de Mateo, veremos que Jesús se queda a pasar la noche con una familia en Betfagé.

He descrito Betfagé como un suburbio de Jerusalén, pero, en realidad, cuando la gente de aquella época hablaba de Jerusalén, en su mente incluía también el poblado de Betfagé. Es exactamente como ocurre en el sur de California, donde los residentes pueden decir, cuando les preguntan dónde viven, que viven en Los Ángeles. Sin embargo, la ciudad de Los Ángeles propiamente dicha no abarca una superficie muy grande. Más bien, los numerosos suburbios que la rodean han crecido hasta unirse en un solo centro poblacional gigantesco, y la única forma de saber siquiera en qué pueblo o ciudad se encuentra uno es hallar un letrero en la calle que lo indique. Por eso resulta más sencillo decir Los Ángeles (que se conoce en todo el mundo), y pocos habitantes del sur de California pensarían que uno se refiere a vivir realmente dentro de los límites oficiales de la ciudad constituida de Los Ángeles.

Durante las fiestas bíblicas, especialmente Pascua y, más adelante, en otoño, Sukkot, la población de Jerusalén se multiplicaba por diez. El aumento se debía, por supuesto, a las decenas de miles de peregrinos judíos que viajaban a la Ciudad Santa para celebrar lo que se conoce como las fiestas de peregrinación. Son tres fiestas bíblicas en las que la Ley de Moisés exige que todo judío, o al menos un representante de cada familia judía, viaje al Templo. Naturalmente, debido a los dos exilios que había sufrido Israel (el asirio, en el siglo VIII a. C., y luego el babilónico, en el siglo VI a. C.), todas las tribus, excepto las dos de Judá y Benjamín, se encontraban ya completamente dispersas por los continentes asiático y europeo, e incluso por el norte de África. Por tanto, la gran mayoría de los israelitas nunca haría un viaje al Templo en toda su vida, y los judíos de la diáspora solo lo hacían en contadas ocasiones, debido al enorme costo, el peligro y el tiempo necesario para viajar desde tan lejos. Incluso los judíos que vivían en Galilea, situada a tan solo unos días de camino de Jerusalén, realizaban ese viaje de vez en cuando; y, si lo hacían,

seguramente era para asistir, como mucho, a una de estas tres fiestas especiales de peregrinación —Pascua, Shavuot y Sukkot— durante el año.

Por eso también es importante comprender que, en todos los relatos de los Evangelios sinópticos, solo encontraremos a Jesús, residente de Galilea, en Jerusalén de Judea con motivo de las fiestas bíblicas. Y la fiesta por la que se encuentra allí ahora es Pascua.

Aunque por el momento no entraremos en detalles, es conveniente reconocer que la entrada de Yeshua en Jerusalén desde el oriente, atravesando el Monte de los Olivos, estaba cargada de simbolismo intencional. El profeta Zacarías, en particular, habla del Monte de los Olivos como el lugar donde ocurrirían grandes acontecimientos de los Últimos Tiempos, lo que, por supuesto, incluye la participación del Mesías. Y, hablando de simbolismo, también es importante entender buena parte de lo que Jesús hace en el resto del libro de Mateo dentro del contexto de que Él está representando, de manera deliberadamente organizada, los acontecimientos profetizados por algunos de los antiguos profetas hebreos. Les digo esto porque no es que alguna mano invisible estuviera conduciendo a Cristo hacia Su destino sin que Él supiera lo que vendría después, ni que hiciera una cosa u otra por alguna casualidad divina. Él comprende que los antiguos profetas fueron bastante específicos en algunos casos acerca de lo que haría el Mesías, dónde lo haría e incluso, a veces, lo que diría. Para demostrar que Él era efectivamente aquel Mesías anunciado, Yeshua hizo esas cosas.

Antes de entrar por la puerta oriental, Jesús envía a dos de Sus doce discípulos a Betfagé para buscar una burra y su cría (llamada pollino o borrico). Aquí encontramos una discrepancia entre Marcos y Mateo. Según Marcos, Yeshua dice a Sus discípulos: (CJB Marcos 11:2) **«Vayan al pueblo que tienen enfrente; apenas entren, encontrarán atado un pollino que nadie ha montado jamás. Desátenlo y tráiganlo aquí»**. En otras palabras, Marcos dice que Jesús pidió un solo animal (únicamente un pollino), mientras que Mateo dice que pidió dos. ¿A qué se debe la diferencia? No existe consenso académico al respecto. Sin embargo, algunas interpretaciones más recientes ayudan a aclarar un poco el asunto, porque el versículo 7 de Mateo 21 también afirma que

Yeshua montó sobre «ellos». En plural. Entonces, ¿debemos imaginar que, de algún modo, Jesús llegó a la puerta de Jerusalén montado a horcajadas sobre dos burros?

Sin lugar a dudas, lo que Mateo describe y lo que Yeshua solicita tiene como finalidad cumplir Zacarías 9:9.

CJB Zacarías 9:9 ¡Alégrate de todo corazón, hija de Tziyon! ¡Grita de júbilo, hija de Yerushalayim! ¡Mira! Tu rey viene a ti. Es justo y victorioso. Sin embargo, es humilde: viene montado en un asno, sí, en un humilde pollino de asna.

Los sabios hebreos entendían que este pasaje de Zacarías indicaba que el misterioso personaje del que se hablaba entraría en Jerusalén acompañado de dos asnos: la madre y su cría (el pollino). Es decir, estamos hablando de una burra adulta y su cría. El sentido común, entonces como ahora, indica que nadie (salvo quizá un niño pequeño) se montaría jamás sobre el lomo de un burro bebé. Por tanto, parece que, aunque participaban dos animales, en realidad solo se montó sobre el más grande y maduro. Pero ¿existe algún tipo de prueba de que tal situación pudiera darse? En efecto, la hay.

En la Mishná Bava Batra 5:3 encontramos que una burra madre solo podía venderse o utilizarse para trabajar junto con su cría. Se consideraba que la burra y su cría constituían una sola unidad inseparable. Evidentemente, como este asunto relativo a una burra y su cría forma parte de la Tradición judía (**Halakhah**), Mateo lo habría conocido, mientras que Marcos quizá no. O, si Marcos lo sabía, pudo considerar que no sería útil mencionarle a un público gentil el asunto de la burra madre y su pollino, a menos que se tomara el tiempo de explicar el contexto (como se lo estoy explicando a ustedes). Mateo, por su parte, daba por sentado que su público judío ya comprendía el motivo de mencionar dos burros: una madre y su cría, y por qué tenían que permanecer juntos.

Así pues, Cristo envía a dos discípulos a Betfagé y, con conocimiento anticipado, les dice que encontrarán atados a la madre y a su pollino, y que deben llevárselos. Comprendan lo siguiente: ese conocimiento anticipado, aunque desde luego tiene un elemento divino, también

consiste en que Jesús espera con absoluta confianza que, puesto que Él es Aquel a quien han señalado la Torah y los Profetas y, por tanto, Aquel sobre quien profetizó Zacarías 9:9, Sus discípulos encontrarán a la madre y al pollino y podrán llevárselos para que Él los utilice temporalmente. Jesús también dice que, si alguien les pregunta algo por llevarse los animales, deben responder: (CJB Mateo 21:3) **«El Señor los necesita», y enseguida se los dejará llevar.**

Dependiendo de la versión bíblica que utilicen, este versículo dice (como la CJB) que el Señor los necesita (con «S» mayúscula), que el señor los necesita (con «s» minúscula), o que el maestro los necesita. La palabra griega traducida aquí es **kurios** y no tiene un significado religioso o espiritual inherente. El problema es que, cuando utilizamos «Señor» con mayúscula, el significado cristiano es, por supuesto, que se está hablando de Jesús como el Señor y Salvador divino. «Señor» con minúscula resulta más difícil de interpretar para los angloparlantes, porque prácticamente la única manera en que se utiliza esa forma de la palabra en nuestras sociedades occidentales es en el ámbito religioso o, quizá, en Inglaterra como título aristocrático. Sin embargo, lo que realmente significa «señor» con minúscula se expresa mejor con la tercera opción, «maestro», porque maestro designa a una persona que enseña o dirige a un grupo de seguidores. Ese es el sentido aquí. Escribir «Señor» con mayúscula supone proyectar sobre el texto ideas cristianas surgidas muchos siglos después. Por tanto, era una expresión de respeto de la multitud, no una indicación de que vieran a Yeshua como divino o como su Mesías.

El versículo 4 expresa explícitamente lo que les he estado diciendo acerca del motivo por el cual Jesús hacía lo que hacía y decía lo que decía: (CJB Mateo 21:4) **«Esto sucedió para que se cumpliera lo que había sido dicho por medio del profeta...»**. El profeta era Zacarías. No debe pasar inadvertido que Marcos no menciona que Cristo estuviera cumpliendo una profecía. Esto me hace sospechar que quizá ni siquiera conocía esas profecías o que pensó que no significarían gran cosa para su público gentil romano. Mateo, un judío erudito que escribe para judíos, ha demostrado tener una sólida formación tanto en el **Tanach** como en la **Halakah**. Por eso reconoce lo que está sucediendo y lo comenta, ya que el versículo 4 constituye la conclusión personal de Mateo sobre el significado de todo

este asunto de la manera en que Cristo entró en Jerusalén y los dos asnos que pidió.

Pero hay todavía más que descubrir sobre la mentalidad judía del siglo I respecto de la entrada de Yeshua en la ciudad. Lo diré brevemente y lo ampliaré más adelante, pero quiero que por ahora tengan presente lo siguiente. **Shlomo**, Salomón, hijo del rey David, entró montado en un asno en Guijón para ser ungido como el siguiente rey de Israel. La relación entre el rey David, Salomón y Yeshua ha ocupado un lugar central en todo el Evangelio de Mateo, y continúa aquí cuando Yeshua dice: (CJB Mateo 21:5) **«Digan a la hija de Tziyon: "¡Mira! Tu rey viene a ti, montado humildemente sobre un asno y sobre un pollino, cría de un animal de carga"»**.

¿Quién es la «hija de Tziyon»? Es el pueblo de Jerusalén. Hablemos un poco sobre Jerusalén. Con demasiada frecuencia, los comentaristas bíblicos consideran sinónimos los términos Israel y Jerusalén. Es decir, cuando se trata de las profecías sobre los Últimos Días, los Últimos Tiempos y el Mesías, a veces oímos que las cosas le sucederán a Jerusalén y otras veces a Israel. Puedo afirmarles sin vacilar que no debemos considerar Jerusalén e Israel como términos intercambiables. Comencemos por lo evidente: la infraestructura, las murallas de piedra y las calles pavimentadas de Jerusalén no constituyen el tema principal de la mayoría de las profecías sobre Jerusalén. Se trata de sus habitantes o, más específicamente aún, del liderazgo religioso de los judíos, que naturalmente reside en Jerusalén, la antigua y permanente capital de Israel y centro espiritual del mundo.

Utilizaré la siguiente ilustración para intentar aclararlo. Equiparemos el término Israel con Estados Unidos y Jerusalén con Washington D. C. Estados Unidos, por una parte, no es más que una extensión geográfica. Y Washington D. C. es el lugar, la ubicación geográfica, donde se encuentra nuestro gobierno nacional. Sin embargo, en la práctica, lo que significa Estados Unidos tiene que ver con nosotros, el pueblo que lo habita. Del mismo modo, en la práctica, Washington D. C. representa a los dirigentes, los seres humanos que nos gobiernan. Para los judíos del siglo I (y de épocas anteriores), el Templo era el único lugar de la ciudad

de Jerusalén donde se congregaba el liderazgo religioso y tomaba decisiones de gobierno; del mismo modo, en Washington D. C. es el edificio del Congreso donde se reúne el liderazgo y toma decisiones de gobierno.

Por tanto, como estadounidenses podemos distinguir entre Estados Unidos y nuestra capital, y establecer otra distinción entre la capital y el lugar exacto donde se ejerce el gobierno. Cuando hablamos de nuestra nación y de su gobierno, podemos utilizar toda clase de términos, pero cualquier adolescente o adulto comprende implícitamente el contexto de Estados Unidos, Washington D. C. y el edificio del Capitolio. En la Biblia funciona igual. Así pues, aunque Jerusalén evidentemente forma parte de Israel, por ser su capital puede hablarse de ella de una manera algo distinta que del resto de Israel. Y aunque el Templo se encuentra dentro de Jerusalén, también se puede hablar del Templo de un modo algo distinto que del resto de Jerusalén. Por eso, cuando Yeshua dice «Digan a la hija de Tziyon», quiere decir «Digan al pueblo de Jerusalén». No debemos ampliar el significado para convertirlo en «Digan al pueblo de Israel». Pero hay aún más: Tziyon es un término que en la profecía bíblica se relaciona con la redención, los Últimos Días y los Últimos Tiempos. Así que, cuando Yeshua dice Tziyon, está estableciendo un tono (que los presentes comprendían) que incorpora un motivo relacionado con los Últimos Tiempos. Recuerden que, debido a la ocupación romana, la mayoría de los judíos ya creían estar viviendo en los Últimos Tiempos, por lo que esta asociación no era nada difícil para ellos.

El resto de lo que Jesús dice es: (CJB Mateo 21:5) **«¡Mira! Tu rey viene a ti, montado humildemente sobre un asno y sobre un pollino, cría de un animal de carga»**. Ahora bien, este anuncio está verdaderamente cargado de repercusiones explosivas. El término «rey» habría puesto en alerta al liderazgo romano y judío. Suena a sedición y era precisamente lo que los romanos siempre estaban atentos a impedir. Pero, para los judíos, «rey» significaba efectivamente el rey mesiánico de Israel, el siguiente rey David. Sin embargo, Yeshua introduce un elemento inesperado al decir que viene montado humildemente. La palabra griega es **praus**, y la elección de «humildemente» por parte de la CJB no es la mejor traducción. Sería más acertado utilizar «mansamente», porque

praus significa tener una disposición apacible y un espíritu amable. Así pues, Él está anunciando que no viene como un líder militar victorioso, como David, sino que viene mansamente, en son de paz. Por tanto, queda claramente descartada la sedición o un levantamiento destinado a expulsar a los odiados romanos de Tierra Santa y convertirse en el primer rey judío reinante de Israel en muchos siglos.

Así pues, cuando los discípulos regresan con la burra y su pollino, leemos que colocan sus mantos sobre ellos y que Jesús se monta. Ahora bien, las palabras al final del versículo 7 son: «y se sentó sobre ellos». Por lo general, los comentaristas bíblicos dicen que esos «ellos» sobre los cuales Jesús se sentó eran los dos burros. Pero, como ya les he mostrado que eso no tiene sentido, entonces «ellos» debe referirse a los mantos que los discípulos colocaron sobre los animales. Es decir, Yeshua se sentó sobre los mantos. Después, en el versículo 8, leemos que la multitud comenzó a colocar sus mantos en el camino para que la montura de Cristo pasara sobre ellos. Otros fueron a recoger ramas de árboles (sin duda, ramas de palma) para cubrir el camino. ¿Qué significaban esas acciones? Pero antes, ¿quiénes integraban las multitudes? Principalmente, las personas que habían seguido a Jesús desde Galilea y otras que se les habían unido en el camino. Recuerden que era Pascua y miles de peregrinos viajaban a Jerusalén por aquella ruta. No se trataba de los habitantes de Jerusalén, con quienes Él había tenido muy poca interacción.

El acto de quitarse una prenda de vestir (esto se refiere a una especie de manto) y colocarla sobre el camino era una forma en que un judío común podía dar la bienvenida a alguien de gran posición. En aquella época, las prendas de una persona la representaban simbólicamente. Por tanto, poner el propio manto a los pies de un rey era demostrar públicamente la sumisión personal a ese rey.

CJB 2 Reyes 9:11-13 11 Yehu regresó a los servidores de su señor, y uno de ellos le preguntó: «¿Está todo bien? ¿Por qué vino a verte ese meshugga?». Él les respondió: «Ya saben cómo son esos y cómo parlotean». 12 Ellos dijeron: «Estás evadiendo la pregunta. Vamos, dinos la verdad». Entonces él dijo: «Esto es exactamente lo que me dijo y cómo me lo dijo: "Así dice ADONAI: 'Te he ungido rey sobre Isra'el'"». 13 Al oírlo, todos se apresuraron

a quitarse los mantos y colocarlos debajo de Yehu, en la parte superior de la escalera. Luego tocaron el shofar y proclamaron: «¡Yehu es rey!».

Utilizar sus mantos de este modo era, entre los judíos, un gesto de aclamación poco frecuente, pero reconocido y tradicional, para recibir a una persona muy importante; y, desde el punto de vista bíblico, normalmente se utilizaba en relación con un rey. Tal vez esta sea la primera vez que encontramos a Yeshua situándose por encima de los demás al montar simbólicamente un animal que lo distingue de las personas entre las cuales ha vivido y a quienes ha servido con tanto desinterés.

Así pues, ¿quién creían exactamente las multitudes entusiasmadas que era Jesús? ¿Qué representaba para ellas? El versículo 9 dice que las multitudes rugían: (CJB Mateo 21:9) **«¡Por favor, líbranos!» al Hijo de David; «¡Bendito el que viene en el nombre de ADONAI!».** **«¡Tú que estás en el cielo más alto! ¡Por favor, líbranos!».** Primero: donde la CJB dice «...tú que estás en el cielo más alto», la palabra «cielo» no aparece en el griego. Otras traducciones lo expresan mejor cuando dicen «hosanna en las alturas». Segundo: veamos un poco más de contexto. Debemos reconocer que, para el evangelista Mateo, Yeshua entra en Jerusalén como el Hijo de David y decididamente NO como el Hijo del Hombre ni como el Hijo de Dios. Esto influye considerablemente en la manera en que Mateo caracteriza la percepción que tenían de Jesús las multitudes que estaban fuera de Jerusalén y, por tanto, en lo que pretendían expresar las aclamaciones que le dirigían. La palabra clave «hosanna» proviene del hebreo **hosi ana**, que en realidad son dos palabras y que pueden significar literalmente «salva, ahora» o «salva, te rogamos». «Salva ahora» resulta bastante extraño en estas circunstancias, mientras que «salva, te rogamos» encaja mejor y bien podría significar lo que más habitualmente se interpreta: que la multitud estaba suplicando a Yeshua que los librara de las manos de los romanos.

Sin embargo, algunos lingüistas hebreos señalan que, si consideramos el Salmo 118, su uso en todas las fiestas de peregrinación y el mensaje que pretende transmitir la expresión **hosana**, aunque en ciertos casos quiere decir «líbranos», en esta escena de la entrada de Cristo en Jerusalén es

mucho más probable que significara simplemente «alabanza». Y recuerden que el hecho de que un par de palabras puedan significar literalmente algo diferente no cambia que en todos los idiomas existen lo que llamamos «expresiones», que carecen de sentido si interpretamos cada palabra literalmente, pero que, tomadas como una unidad, comunican un significado reconocido. «Ve a volar una cometa». «No dejes salir al gato de la bolsa». «Oh, no, ahora estamos en un aprieto». Podría seguir durante bastante tiempo con expresiones semejantes, pero si una persona de otro país y otro idioma intentara traducir literalmente esas palabras inglesas y entenderlas en su sentido totalmente literal, se equivocaría por completo y quedaría muy confundida. Por lo tanto, parece que en ciertas circunstancias las palabras hebreas **hosana** eran simplemente una aclamación de alabanza. En otras palabras, quizá una traducción mejor al inglés, de acuerdo con el uso moderno de esas palabras, sería que el versículo 8 dijera: «Alabanza al Hijo de David. Bendito el que viene en el nombre del Señor. Alabanza en las alturas». Tanto Eusebio como Jerónimo lo entendían así. Es difícil saber con certeza qué significado se pretendía: una alabanza o una súplica para ser librados y rescatados.

Para mí, el problema aquí es que estas palabras que dirigían a Yeshua no eran más que un versículo muy utilizado, tomado del Hallel —el Salmo 118—, que se había convertido prácticamente en un canto repetido porque, si bien en principio debía utilizarse durante la ceremonia de Sukkot, llegó a ser tan popular que se utilizaba en todas las fiestas bíblicas, incluida Pascua. Me temo que tendremos que dejar el asunto ahí. Es perfectamente posible que, entre las muchas personas que gritaban esas palabras a Cristo, algunas les dieran un significado y otras, el otro.

Por otra parte, esta es una ocasión más en la que oímos a la gente dirigirse a Cristo con la conocida expresión «Hijo de David». Cada vez que hemos encontrado esta expresión en Mateo, he explicado que necesariamente evocaría en quienes la pronunciaban la imagen del rey Salomón, quien efectivamente era el hijo biológico del rey David. Esto se debe a que Salomón era recordado como el más sabio de los maestros de sabiduría, un experto en la Torah y un sanador milagroso y exorcista de posesiones demoníacas por excelencia. Así es exactamente como las

multitudes veían a Jesús, porque coincide a la perfección con la manera en que Él se presentó y con lo que realmente dijo e hizo. Recuerden que, todavía en el momento de Su entrada en Jerusalén, las únicas personas a quienes Él había confesado ser el Mesías de Israel eran los 12 de Su círculo íntimo, quienes debían guardar ese secreto con absoluta discreción. Incluso entonces, como veremos, el significado exacto de aquello seguía siendo bastante confuso para los discípulos. Así que las multitudes no llegaron repentinamente, de la nada y por su cuenta, a la conclusión de que Yeshua era su Mesías y el Hijo de Dios.

He aquí otra cosa que deben tener presente. El rey David y el rey Salomón eran tan diferentes entre sí como los colores blanco y negro. La imagen y reputación del rey David eran las de un feroz líder guerrero que había ganado innumerables batallas contra los muchos enemigos de Israel. El rey Salomón era constructor, intelectual, sanador y diplomático. Su nombre hebreo, **Shlomo**, está relacionado con la raíz hebrea **shalom**. Salomón, por tanto, era el hijo de paz del rey David, y esta es la razón por la que Dios no permitió que David construyera un Templo, sino que decidió que Salomón lo hiciera. Así pues, el rey Salomón forma parte del modelo mediante el cual las multitudes perciben a Yeshua; es decir, Yeshua lleva consigo el espíritu de Salomón como el Hijo de David, y no el del propio rey David. Sin embargo, cuando efectivamente lleguemos a los Últimos Tiempos y regrese el Mesías Yeshua, sabemos por el libro de Apocalipsis que no volverá con el espíritu del pacífico Salomón (como en Su entrada en Jerusalén), sino con el espíritu del invencible e implacable guerrero David, que ejecutará la ira de Dios.

Mateo dice que toda la ciudad se estremeció cuando Jesús se acercó. Esto no debe interpretarse literalmente. La palabra griega es **esiesthe** y, aunque literalmente alude a los efectos de un fuerte terremoto, se utiliza como una expresión equivalente a la expresión inglesa que describe a alguien sorprendido y desorientado como una persona que ha quedado «completamente sacudida».

Así pues, los desconcertados habitantes de Jerusalén formulan la pregunta que aparece en el versículo 10: «¿Quién es este?». Observen que no son las «multitudes» que habían seguido a Yeshua y colocado sus

mantos sobre el camino las que preguntan «¿quién es este?», sino los estupefactos y molestos habitantes de Jerusalén. «¿Quién es este?» no significa «¿cómo se llama?», sino «¿qué debemos pensar de este individuo?». En realidad, es una observación un tanto indignada. Sería equivalente a algo que mi madre solía decirme cuando yo era adolescente, muchas más veces de las que debería haber tenido que hacerlo. Me decía: «¿Quién te crees que eres, jovencito?». Estoy bastante seguro de que sabía quién era yo. Más bien quería decir: «¿Quién te hace creer que eres tu actitud arrogante para que te comportes así?». Así, los indignados habitantes de Jerusalén comienzan a adoptar una percepción negativa de Cristo como alguien que altera sus vidas, un alborotador indeseado. Por tanto, en el versículo 11, la respuesta a los descontentos y poco impresionados habitantes de Jerusalén procede de las multitudes (en su mayoría galileos) que llevaban algunos días siguiendo a Yeshua. En respuesta a la pregunta «¿quién es este?», dicen: (CJB Mateo 21:11) **«Este es Yeshua, el profeta de Natzeret en el Galil»**. Mientras que, para los orgullosos galileos, tener a su propio «profeta de Nazaret» era algo maravilloso, los habitantes de Jerusalén ya habían tenido que lidiar demasiadas veces con supuestos profetas que llegaban a la ciudad durante las fiestas y no hacían más que causar problemas. Además, tampoco les agradaban mucho los galileos, a quienes consideraban rudos, poco refinados y no especialmente inteligentes.

Uno tiene que preguntarse qué imaginaba mentalmente la multitud que lo admiraba cuando caracterizaba a Jesús como profeta. Sospecho que lo relacionaban con Moisés.

CJB Deuteronomio 18:15-19 15 «ADONAI levantará para ustedes un profeta como yo, de entre ustedes mismos, de entre sus propios hermanos. Deberán prestarle atención, 16 tal como sucedió cuando estaban reunidos en Horev y le pidieron a ADONAI su Dios: “No permitas que vuelva a oír la voz de ADONAI mi Dios ni a ver este gran fuego jamás; si lo hago, moriré”. 17 En aquella ocasión, ADONAI me dijo: “Tienen razón en lo que dicen. 18 Levantaré para ellos un profeta como tú de entre sus hermanos. Pondré Mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que Yo le ordene. 19 A cualquiera que no escuche Mis palabras, que él pronunciará en Mi nombre, Yo le pediré cuentas”.

Tal vez aquellas multitudes no estuvieran seguras, pero durante mucho tiempo en la historia de Israel había existido la gran esperanza de que apareciera semejante profeta, como Moisés, y Yeshua tenía todas las características que lo identificaban con él. ¡Qué poco imaginaban lo acertados que estaban!

No encuentro mejor manera de concluir nuestra lección sobre la Entrada Triunfal que reproducir una cita del comentario de Davies y Allison sobre este pasaje, pues resume profundamente lo que hemos estado leyendo y estudiando.

«...La hija de Sion, por cuya causa viene Jesús, no comprende la conmoción que ocurre ante sus puertas ni entiende que su rey ha llegado y que la profecía se ha cumplido. Incluso la aclamación momentánea que Jesús recibe proviene de quienes suben a la capital, no de quienes están dentro de ella... Cuando Jesús deja a los peregrinos que simpatizan con Él para enfrentarse a la hostilidad de la ciudad santa, cambia Su montura real por la cruz de un criminal. Su salida no será como Su entrada».

Continuaremos la próxima semana, cuando Yeshua entre en el Templo y vuelva a revolucionarlo todo.